



ELIZABETH BOWMAN

UN
OCÉANO
DE
NIEBLA

El mundo se ha terminado para Gillian ahora que él la ha abandonado. Es cierto que una niña ha nacido de los dos. Pese a eso, ella no puede con el destrato social, con la soledad. Solo ve un océano de niebla, un abismo. La luz, sin embargo, aparece por accidente y decide iluminarlo todo.

En la Inglaterra de 1860, las fábricas ya comienzan a ser parte del paisaje y un símbolo de la modernidad. Sin embargo, la moral sigue siendo una forma antigua. Esa moral es la que condena a Gillian por ser madre soltera, por haberse entregado a los engaños de un hombre que faltó a cada una de sus promesas. Sin esperanzas, decide mudarse a otra ciudad y comenzar a trabajar como hilandera en una fábrica textil.

Su vida es monótona, nadie la conoce, se pierde entre los otros obreros del barrio fabril. Un accidente, sin embargo, la singulariza. Un hombre de recursos la atropella con su carruaje, le arruina los zapatos. Gentil, él la lleva a la casa, le regala un nuevo par, la visita, se preocupa por ella. Esa luz que se abre paso irrumpe de golpe en la vida de Gillian. Es el calor que quiere disipar el océano de niebla que la rodea.

Ahora que las cartas están echadas, los dos deben dejar de lado la vetusta moral, para cruzar esa niebla que se interpone entre ambos, para transformarla en una calidez que los cobije.

Elizabeth Bowman ha escrito una novela que se lee como una fábula, una historia de amor que es un modelo de otras, pero que también tiene la singularidad de aquellos personajes que se abren paso y que quedan en la memoria de los lectores.

*Para mi querida Elizabeth,
por acompañarme cada hora,
cada día, en cada jornada
de la elaboración de esta humilde historia
con la paciencia y el amor que solo las almas
inocentes de los niños poseen.*

CAPÍTULO 1

Brighton, Inglaterra, invierno de 1860.

Las primeras luces de la alborada escarcharon un cielo plúmbeo y preñado de densas nubes de tormenta en decenas de ronchas anaranjadas y blanquecinas.

El deslucido claroscuro, preámbulo de un nuevo día, reptaba lentamente por aquel triste escenario boscoso y desplazaba las brumas matutinas con la cadencia y la lentitud que acompañaba a los húmedos y lúgubres días de invierno, lo que obligaba a aquella pegajosa legión aérea a enredarse entre las oscuras y rumorosas copas, y a permanecer allí prendida por un tiempo indefinido, dotando al ingente robledal con la apariencia de una gran cohorte de espectros ataviados con sus etéreos sayos. Estaba siendo un enero horriblemente frío, agrisado y nostálgico, lluvioso y acerado en demasía. Aquel era un día tan horrible y carente de sentido para ella como lo habían sido todos los anteriores.

Gillian alzó la mirada al cielo; en ese momento, una solitaria gota se le estrelló contra la frente con la precisión y la agorera similitud de una bala que le hubiera impactado de lleno en mitad de la sesera. Justo en ese preciso instante, la cuestionable integridad de aquella densa masa violácea que se le revolvía sobre la cabeza presagiando el fin del mundo se quebró ante la rotunda invasión de un relámpa-

go. Un sonido gutural hizo temblar a continuación el suelo bajo sus pies, agitó la densa marea verdosa de alrededor y estremeció a la pobre Gillian de arriba abajo, tal que si el rayo que había rasgado la bóveda celestial segundos antes la hubiera atravesado a ella desde la coronilla a los talones.

Un débil llanto la apartó de golpe de su ensimismamiento para, mediante nerviosos parpadeos, obligarla a volver a la realidad. A una realidad en la que el cielo acababa de desgarrarse para dar paso a un increíble aguacero que ya había sido retenido por demasiado tiempo, a una realidad en la que no le estaba permitido demorarse y remolonear, sino que debía levantar la frente y tomar decisiones por más cruentas que pudieran parecer a simple vista. Suspiró en profundidad.

Comenzaba a empaparse hasta los huesos, se sentía aterida de frío, castañeteaba los dientes. Con las toscas ropas ya pegadas al cuerpo como si de una segunda piel de ruda lana se tratara, descendió la mirada hacia el oscuro curso de agua que corría silencioso bajo el puente, como una siniestra y mortífera lengua negra capaz de engullirlo todo a su paso. Y ese era, en realidad, el propósito principal.

Sin poder dejar de temblar, apretó contra el pecho el bulto gimoteante, sin duda lo más valioso y querido que había tenido en su triste existencia, y consintió que las lágrimas emergieran a raudales de sus ojos hasta confundirse con la humedad que ya le perlaba la cara. Había llegado el momento, para eso había acudido a aquel lugar en las afueras del pueblo en horas tan tempranas como deladoras. "Es ahora o nunca...", se dijo. "Y debe ser ahora".

Se inclinó hacia delante con el vientre apoyado contra el pretil de piedra sin apartar la mirada de aquella ingente lengua acuática que corría callada a sus pies. Una sucesión de sollozos sonoros brotó de su garganta quebrando el aire alrededor, desgarrándole el alma e impidiéndole dar el paso definitivo. "¡No puedo hacerlo! ¡No puedo más, pero no

puedo hacerlo!", gimió a la nada, al universo, al cielo, como si buscara apoyo para llevar a cabo su idea desesperada. "Dame fuerzas, dame fuerzas porque me siento rota por dentro y ya no puedo continuar".

Humillada ante el repentino e inesperado acceso de cobardía, prolongó y agrandó el llanto, convulsionada a causa de la violencia de sus emociones. ¡No podía ser tan difícil! Solo tenía que dejarse caer. Cerrar los ojos y permitir que el peso del propio cuerpo hiciera todo lo demás. Esa era la consigna que imperaba en su cabeza desde hacía unas pocas horas. Con semejante propósito había abandonado la calidez de la casa para echarse a los caminos antes de la alborada, deseosa de poner fin a su rota existencia.

Pero en la práctica resultaba mucho más complicado de llevar a cabo y más duro de asimilar que en la teoría, puesto que con esa decisión no solo se arrebatava la vida miserable a sí misma.

Entre sus brazos, acunada contra el pecho, protestaba débilmente reclamando atención aquel precioso bebé que había parido hacía pocos días. Aquella maravillosa criatura sonrosada nacida de su vientre que había llegado al mundo contando con la única compañía y la cuestionable protección de una madre inexperta e incapaz de abrirse paso en la vida. Una madre hecha añicos, una madre devastada y sin ganas de continuar luchando.

Ya no. No se sentía con fuerzas. Richard, el mal llamado padre de la criatura, la había abandonado como un rastro cobarde cuando a ella ni se le abultaba el vientre, nada más haber sido informado de la existencia de aquel breve latido de vida en la matriz de la muchacha, para regresar con su esposa, una mujer de la que Gillian jamás había sospechado la existencia. De haberlo sabido, jamás habría confiado en él. De haberlo sabido, jamás se habría dejado embaucar por las promesas de un falso amor hasta el punto de entregarle su doncellez y concederle la supremacía de

poder romperle el corazón, tal y como había hecho después.

—No me hagas esto... —dijo en medio del llanto, quién sabe si dirigiéndose al bebé que apretaba contra el corazón o si hablando directamente al cielo—. No me permitas dudar. Sabes que esto es lo mejor para las dos. Yo no sería una buena madre ahora mismo —gimió bajando la voz hasta el grado de un débil susurro—. Las dos seríamos una carga y no es justo, no lo es; ellos ya han hecho demasiado por mí...

Sin aguardar ningún tipo de señal divina o terrena, alzó la pierna derecha, de modo que creó un amplio ángulo de lana que se desplegó desde el tobillo al suelo, pero, antes de que el pie se apoyara sobre el pretil para ayudarla a tomar impulso e izarse, una voz a su espalda la obligó a detenerse.

—¿Gillian? Gillian, ¿eres tú? —Aquella conocida voz femenina, que se expresaba bajo el aguacero con trémula cadencia, consiguió paralizarla.

Porque aquella voz aflautada y temblorosa era la de Jane, su mejor amiga, la única del mundo en realidad. Gillian tragó saliva y encajó la mandíbula, la apretó con desesperación hasta que todas las piezas dentales restallaron y dolieron. Cerró los ojos y contuvo con fuerza los párpados, aplastando en el proceso un millón de lágrimas. Se sentía incapaz de volverse y enfrentarse a la mirada decepcionada y asustada que sabía a ciencia cierta iba a encontrar a su espalda. Se sentía incapaz, incluso, de respirar, tan solo podía dejarse envolver por aquel pesado manto de dolor y desesperación que la cubría.

Una punzada, consecuencia de la pena más enorme, le atravesó el corazón obligándola a reprimir un gemido, porque Jane era mucho más que una simple amiga. A pesar de las múltiples y evidentes diferencias de carácter existentes entre ellas, Jane lo era todo: su hermana, su confidente, su apoyo y su paño de lágrimas. Su pequeña y pueril Jane. La

misma que acababa de sorprenderla a punto de cometer pecado mortal.

—Gillian... —la voz de Jane, bajo la fuerza imperiosa de aquel tremendo chaparrón, apenas resultaba audible—. Gillian, ¿qué demonios estás haciendo? —silabeó entre dientes. Gillian supo que Jane se encontraba al borde del llanto.

—¿Gillian...? ¡Mírame!

No hubo respuesta. Solo respiración contenida, párpados apretados y corazón desbocado, un corazón a punto de salirse de su carcasa ósea. Un corazón a punto de explotar. Solo había brumas y sombras, dolor y sufrimiento.

—Papá y mamá están buscándote como locos, se asustaron mucho al no encontrarte en la alcoba —soltó el discurso de golpe, lo que le demostraba a la interlocutora tanto el creciente nerviosismo como la incapacidad de dominarlo. Se trataba de una joven de emociones vivas, con un carácter nada preparado para enfrentarse a situaciones de tan elevada gravedad: Jane, en esos momentos, temblaba como una vara verde—. Yo también me asusté muchísimo. —La aludida apretó aún más los párpados como si estuviera rota por dentro, una vez más. Se sentía sucia, ruin, malvada, desagradecida—. Gillian, el carruaje está preparado y dispuesto para partir —anunció sin poder evitar el titubeo—, están esperándonos. A las tres. No voy a regresar sin ti, sin las dos, y lo sabes.

Gillian inhaló en profundidad por la nariz, tan hondo y profundo que la brisa gélida de la mañana le ocasionó daño en los orificios nasales. Abrió los ojos y, al hacerlo, las pupilas se le vidriaron de inmediato acunando un millón de lágrimas por derramar. Por un instante dudó. Tal vez podría entregar al precioso bebé a Jane y a los Talbot para que la criaran. Jane, a pesar de la puerilidad de carácter, la cuidaría con entrega y devoción, estaba segura de ello. Y los Talbot serían esos abuelos que nunca podría ya tener. Pero en un repentino ramalazo de egoísmo o, tal vez, de desesperación,

rada necesidad, se sintió incapaz de dar ese paso, se sintió incapaz de soltar aquel amado bulto que apretaba contra el pecho, puesto que se trataba de su máspreciado y único tesoro en realidad. Necesitaba a su hija consigo, la necesitaba para no sentirse más rota, vacía y sola de lo que en verdad se sentía. La necesitaba para tener arrojo, aunque en ese caso solo sirviera para atravesar juntas los umbrales del averno. Temblando por dentro y por fuera, inclinó la mirada. El río todavía corría, incitante y paciente, a sus pies.

—Gillian, da la vuelta.

A pesar de encontrarse a su espalda, parecía que Jane le acababa de leer el pensamiento para descubrir en él una peligrosa determinación. Gillian aspiró una gran bocanada de aire frío y cortante que le erosionó el pecho. Jane siempre había sido una criatura alegre y feliz, la más dulce, la más inocente y despreocupada. Una niña eterna. Y ella, que siempre había sido la sensata y la madura por excelencia, la voz de la prudencia y del comedimiento, había sido la primera en tropezar para caerse de bruces. De forma estrepitosa, además. Llegado el momento de la verdad, aquel en el que la vida pone a prueba el nivel de madurez de cada quien, había demostrado ser tan solo una tonta inconsciente, una chiquilla boba y necia cuyo perfecto aprendizaje de las teorías morales no le habría servido para nada en el momento de llevarlo a la práctica. Meses atrás la visión se le cerró de golpe, como si mirara a través de un tubo, su entendimiento trastabilló, su prudencia desapareció, su alabada inteligencia se esfumó por completo y, a raíz de idealizar al príncipe azul equivocado y creer las lisonjas que le decía, incluso si desoía la voz de los mayores, acabó echando por tierra sus propias convicciones para darse de lleno contra el duro e infranqueable muro de la realidad. Descubrió, entonces, de la peor de las formas, las ruindades del ser humano.

—Gillian, da la vuelta y aléjate del puente. Por favor, te lo pido.

Un sonido amortiguado a su espalda la obligó a volver ligeramente el rostro con curiosidad para encontrarse, a pocos pasos de distancia, con su amiga del alma postrada de rodillas, hundida en el barro, que chorreaba bajo el impío aguacero.

La súplica de Jane, sumada a la dolorosa imagen que le ofrecía postrada como una doliente mártir, llorosa y con el rostro descompuesto, supuso una brutal bofetada de realidad capaz de despertarla de golpe de un trance que se había prolongado ya por demasiado tiempo. Entonces fue consciente de todo: las brumas se disiparon, el estado hipnótico que la había embargado hasta hacía escasos segundos fue diluyéndose como la neblina del alba. La vida, el momento presente y la irracionalidad de sus actos se le revelaron de pronto como un lienzo que ha permanecido entoldado por un paño oscuro y que alguien destapa de golpe. Y el impacto fue devastador.

Parpadeando con nerviosismo bajo el cegador velo acuoso, se volvió consciente del lugar donde se encontraba: demasiado cerca del borde del puente, demasiado cerca de aquel abismo mortal que la separaba de todo y del fin. "Cielos", gimió en voz alta; experimentó un agudo y punzante dolor físico donde hasta el momento se había limitado a experimentar un sordo dolor del alma.

Levantó el rostro al cielo y se volvió consciente de cómo las gruesas gotas de lluvia le impactaban contra la piel, una tras otra, con fiereza y a gran velocidad, lo que la obligaba a cerrar los ojos para recibir el impacto. Las sintió correr por el rostro y, aterida de frío, consintió en permitir que se apoderaran también de sus sentidos, que traspasaran las capas de ropa, incluso la piel, hasta encharcarle el alma. Estaba empapada como un pobre perro abandonado; las ropas pesaban, guedejas del cabello claro se le enmarañaban alrededor del rostro; el cuerpo entero tiritaba como un junco al viento. Descendió la mirada hasta su seno, con un doloroso ceño fruncido, encajó la mandíbula y tragó saliva. El

alma, ya por completo inundada, se contrajo de dolor. Por suerte, el bebé estaba a salvo. Pero había faltado demasiado poco para que hubiera dejado de estarlo.

—¿Gillian?

Volvió de nuevo el rostro para observar a su amiga, que continuaba soportando con resignación el violento aguacero.

—Yo sola no puedo. —Fue lo único que emitieron los pálidos y trémulos labios de Gillian—. No puedo, no puedo, no puedo...

Un acceso violento de llanto la interrumpió. Los hombros menudos se le convulsionaron bajo esa terrible lluvia invernal. Conmovida ante los demonios que torturaban a su amiga, Jane se incorporó despacio hasta alcanzar la verticalidad.

—Pero no estás sola, cariño. Nunca lo has estado y nunca lo estarás. —Jane adelantó la mano para mostrar una palma invitante. Se acercaba a ella como el domador que desea ofrecer confianza al animal salvaje que anhela domesticar—. El carruaje espera. Una nueva vida nos aguarda en Herefordshire, ¿recuerdas? Ya lo habíamos hablado, está todo preparado —la alentó: deseaba sonar convincente—. Todo irá bien a partir de ahora; te lo prometo. Podrás comenzar de cero. Nosotros jamás te dejaremos sola. Yo nunca te dejaré sola. Ni a ti ni a la pequeña Eve. Te lo prometo, querida Gillian.

La aludida apretó con determinación a la recién nacida. La mecía con un cadencioso movimiento que pretendía ser tranquilizador, tal vez más para ella que para la criatura.

—Tengo miedo...

Jane alargó ahora también el brazo para recibirla en su seno. Gillian descendió el pie del pretil de piedra y se volvió, dispuesta a reunirse con ella, dispuesta a dejarse confortar.

—Lo sé, lo sé. Ha sido muy duro para ti, pero ahora todo irá bien.

Una vez que estuvo a su lado, Jane la rodeó por el costado para apretarla contra sí y transmitirle un infinito e impercedero apoyo. De repente y por vez primera, la pueril y despreocupada Jane ofrecía cobijo a la siempre sensata y fuerte de Gillian. Los papeles se habían invertido. Resultaba extraño, aunque razonablemente apropiado.

Los Talbot jamás la abandonarían, ¡jamás! De hecho, no habían dudado en dejarlo todo atrás y vender sus escasas pertenencias para trasladarse a otro lugar en busca de nuevas oportunidades que ofrecieran, sobre todo, esperanzas de renacimiento. Propietarios de una modesta renta, eran conscientes, todos lo eran a esas alturas, de no poder mantenerse en Brighton durante mucho tiempo más. En la ciudad de Herefordshire, un lugar industrializado y lleno de oportunidades, les esperaba una nueva vida, una donde Jane y Gillian podrían trabajar. La primera para ayudar a solventar la precaria economía familiar; la segunda para sacar adelante a su hija y reparar el corazón que aquel tunante de Richard Meyers había despedazado por completo.

—Todo irá bien —repitió Jane que abrazaba con fuerza a su quebrada amiga.

—¿Lo prometes?

No podría prometerlo, por supuesto que no podía hacerlo. La vida a menudo presenta quiebros inciertos y sorpresas inesperadas capaces de desbaratar los planes de cualquier incauto mortal. Pero, en su inocencia y profunda esperanza de un futuro mejor, prometería cualquier cosa a su muy querida amiga con tal de conseguir que ella apreciara un mínimo punto de luz en medio de la fatal oscuridad.

—Lo prometo.

* * *

Rudolf Jameson y Jeronimus Talbot procedían del mismo barrio humilde de Geremord, al sur de Brighton. Ambos

chicos forjaron en sus primeros años una amistad inquebrantable en base a la cercanía de sus respectivas viviendas, pero, especialmente y sobre todo, debido a una inquestionable compatibilidad de caracteres, a la afinidad de sueños comunes, a tantísimos anhelos de un futuro próspero, al deseo conjunto de abandonar el barrio humilde y desesperanzado donde se criaron para llegar a convertirse en alguien; en definitiva, en base a los miles de ideales que aquellos dos flacuchos imberbes planificaban cada atardecer mientras observaban juntos las nubes y les ponían nombre. Una amistad tierna y sincera que se afianzó, sin duda, cuando ambos niños se convirtieron en muchachos y decidieron abandonar cada uno el hogar para iniciar estudios en la universidad local; todo eso, por supuesto, gracias al gran esfuerzo económico de las familias para evitarle a los hijos un futuro precario como el que imperaba en ambos linajes: de sencillo origen proletario. Durante la feliz época estudiantil, se apoyaron el uno al otro cuando las voluntades flaqueaban, las dificultades afloraban o la melancolía del hogar los llevaba a pensar en abandonar.

Por supuesto, tampoco se llegó a quebrar el fraternal nexo cuando el sacramento del matrimonio llamó a sus puertas con pocos años de diferencia. Para mayor regocijo de esos amigos inseparables, las esposas de ambos congeniaron casi al instante, asunto gracias al que los lazos afectivos tan calurosamente alimentados durante toda la vida no se vieron en absoluto perjudicados o mermados, sino que, por el contrario, cobraron mayor vivacidad.

Como no podía ser de otro modo, ambos matrimonios fueron vecinos, separados los hogares tan solo por un mero tabique divisorio. Entre ellos existió desde el principio un entendimiento y un cariño tal que hubieron de tratarse siempre como familia, tan bien avenidos y compenetrados como si conformaran en conjunto cuatro ramas similares dentro del mismo árbol genealógico. La vida bendijo a sendos matrimonios, en el otoño de sus vidas, con dos hijas

encantadoras, Jane y Gillian, que se llevaban pocos meses de diferencia y que se criaron juntas en un ambiente cálido y apacible. Talbot y Jameson habían vivido toda la vida con gran modestia. Ambos habían sido maestros en el internado St. Andrew de Brighton. El primero dedicado a la literatura, cuya afición y amor por las letras patrias originó el nombre de su querido retoño, en homenaje a la gran novelista que tanto su esposa como él mismo idolatraban; el segundo, profesor de latín, deseó que su hija llevara un nombre que la definiera para siempre como una persona fuerte y segura de sí misma: quizás debido a eso la hija del dios Júpiter hizo justicia a su nombre durante toda la infancia y primera juventud.

Fue en esa época temprana e inocente de la nubilidad cuando todo cambió de forma drástica para una de las muchachas, puesto que los Jameson contrajeron tuberculosis y abandonaron el mundo de los vivos con brutal e inesperada premura, de modo que dejaron sola a su única hija, Gillian, en tierna edad. Prontamente los Talbot se hicieron cargo de aquella jovencita a la que querían como a una hija propia. La rodearon de afecto y comprensión, se dispusieron a continuar con su crianza y la educación sin alzar distinción alguna entre las dos muchachas. Solo cuando la joven Gillian, de carácter apasionado y soñador, aunque hasta el momento prudentemente comedido y protegido bajo hermoso sayo, cayó en las redes de un bribón como Richard Meyers, sintieron que su labor como tutores había fracasado por completo. Con el corazón sumido en penoso quebranto no pudieron evitar pensar que les habían fallado a los viejos amigos, puesto que no habían sido capaces de velar como se esperaba de ellos por la seguridad de su única y muy querida niña. El señor Meyers, un caballereito unos cuantos años mayor que la muchacha, embaucador y experimentado hombre de mundo, la engañó con tal bajeza y ruindad que no se conformó con mancillar su reputación hasta hacerla caer en desgracia, no le bastó con arrebatarse

la doncella y reírse en la cara de las esperanzas románticas de la muchacha, sino que la dejó embarazada y con el alma y la autoestima rotas en pedazos.

Ellos, sus tutores legales, deberían haberlo visto venir. Deberían haber comprendido que aquel tunante vestido de sastre barato que tanto rondaba últimamente a la muchacha no era de fiar, tan solo un ave rapaz al acecho en busca de una presa inocente. Un ave que ya poseía nido en otro lugar y cinco polluelos que llevaban su apellido.

Por ello, con semejante cargo de conciencia y con la imperiosa necesidad de tratar de enmendar una falla que consideraban más propia que de la jovencita, una vez que ella hubo dado a luz a su bebé, no dudaron en vender cuanto se pudiera vender y apostararlo todo a una sola carta: trasladarse a la industrializada y popular ciudad de Hereford para iniciar una nueva vida, lejos de dedos y miradas acusatorias, lejos de rumores y murmuraciones, lejos de recuerdos nefastos.

En Herefordshire existían talleres y fábricas especializadas donde desempeñar un trabajo, aprender un oficio y cobrar un buen sueldo. Allí, Gillian podría construirse un futuro y comenzar de cero sin ser juzgada. Un futuro en el que no la identificaran como a la pobrecita y desventurada chiquilla que se había dejado desflorar impunemente por un cretino licenciado para convertirse en madre soltera, en ese ejemplo peyorativo con el que amedrentar a las jovencitas más osadas.

Al menos con esa consigna en mente lo habían dejado todo atrás, para depositar las esperanzas en un nuevo comienzo lejos de todo.